

## **El decimoctavo domingo del ciclo ordinario C 2022**

La primera lectura del libro de Eclesiastés llama a todos los esfuerzos humanos "vanidad de vanidades". La vanidad puede significar "orgullo inflado en uno mismo o en la apariencia de uno" o puede referirse a algo que no tiene valor o que no tiene sentido. El autor Coheleth nos dice que una vez que nos convertimos en el centro del universo, desde nuestra perspectiva, todos nuestros esfuerzos parecen ser en vano. Desde el punto de vista humano, la vida es una lucha, podemos o no tener éxito, podemos acumular muchos bienes, podemos perderlos todos. Pero incluso si acumulamos mucho bien, cuando finalmente morimos, tenemos que dejar todo atrás. La razón principal es que no tenemos control sobre el tiempo. Más precisamente, no tenemos control sobre la duración de nuestras vidas.

Sin embargo, si nuestro verdadero destino es una vida con Dios, la muerte no es algo que temer, sino un alivio bienvenido de nuestras fatigas en la tierra. Nuestro propósito en esta vida es llegar a ser como Dios en amor, no en poder y fortaleza, por lo tanto, debemos ver los desafíos que enfrentamos como oportunidades para crecer en amor, y no como amenazas a nuestra seguridad o ataques a nuestro orgullo. Comprenderemos por qué Jesús dijo que el mayor de todos debe ser el servidor de todos. Tendemos a medir nuestros logros según nuestros propios estándares de riqueza y poder, y no reconocemos que, como criaturas de Dios, nuestro papel es el desarrollo de la humanidad.

Entenderemos por qué Jesús dijo que el más grande de todos debe ser el servidor de todos. Tendemos a medir nuestros logros por nuestros propios estándares de riqueza y poder, y no reconocemos que, como criaturas de Dios, nuestro papel es el desarrollo de la humanidad, más que el desarrollo de nuestro ser individual. Por lo tanto, el servicio a los demás es lo que edifica a la humanidad. A medida que nos volvemos más amorosos, nuestra amabilidad, nuestra gentileza, nuestra compasión y nuestro perdón transformarán a quienes nos rodean, transformando así la sociedad

en la que vivimos: haciendo que refleje el amor de Dios por nosotros. En la época de Jesús, era una cultura predominantemente agraria (agrícola) y había tierras fértiles limitadas para todos. Para convertirse en un granjero rico, tenía que adquirir tierras de otros. Cuanta más tierra tenía, significaba que otros tenían menos. ¿Qué es más fácil de recordar para ti, quiénes son los hombres más ricos del mundo o quién te mostró un acto de bondad cuando eras niño? La amabilidad que recibimos es recordada para siempre. Las personas más ricas del mundo en miles de millones de dólares son:

5. Warren Buffett (\$ 118B)
4. Bill Gates (\$129B)
3. Bernard Arnault (\$ 158B)
2. Jeff Besos (\$ 171B)
1. Elon Musk (\$ 219B)

¿Por qué debería haber personas muriendo de hambre en este mundo, mientras que otros tienen más de lo que podrían gastar en su vida? Bill Gates y Warren Buffet nos dicen que planean dar la mayor parte de su riqueza a la caridad.

Jesús nos recuerda que cuando morimos, y un día, todos moriremos, no podemos llevar nuestras riquezas materiales con nosotros. ¿Qué importa si nos volvemos súper ricos, pero no podemos disfrutar de paz y felicidad en la próxima vida? Jesús prefiere cambiar los corazones en lugar de las leyes para garantizar una distribución justa. Entonces Jesús nos recuerda: Cuando morimos y todos moriremos algún día, no podemos llevar nuestra riqueza material con nosotros.

¿Qué importa si nos volvemos súper ricos, pero no podemos disfrutar de paz y felicidad en la próxima vida?

Deberíamos convertir nuestro tesoro material en la tierra, en tesoro celestial mediante actos de bondad amorosa.

El poder, el conocimiento y las riquezas pueden usarse para placeres y comodidades egoístas o para el bien de toda la

humanidad. Si hemos sido bendecidos con riqueza, ¿qué estamos haciendo para ayudar a otros menos afortunados que nosotros? Si somos menos afortunados, aún podemos ofrecer palabras y oraciones amables y reconfortantes para los demás.

Hemos sido engañados al creer que la riqueza, la buena apariencia, el poder y la fama garantizarán la felicidad. Gracias a las muchas estrellas de Hollywood, California, cuyas vidas son un desastre, sabemos que estas cosas por sí solas no nos darán la felicidad.

Algunos comerciales de televisión proclaman con orgullo la ridícula y falsa afirmación de que “La imagen lo es todo”. Como tontos, nos apresuramos a comprar lo que no podemos pagar o no necesitamos: autos caros, ropa de diseñador, joyas caras y una gran cantidad de productos de belleza. Nuestra cultura de consumismo constantemente nos dice que necesitamos más y más cosas. Hay diferencia entre necesidades (comodidades básicas) y deseos (cosas que deseamos pero que no son esenciales para la felicidad).

“Suficiente” es una palabra que el diablo odia. Le duele cuando la gente dice: "Tengo suficiente, no necesito más, deja que otros menos afortunados que yo tengas el resto". “Suficiente” pone fin a la codicia, uno de los siete pecados capitales. Una vez que nos damos cuenta de que tenemos suficiente, podemos concentrarnos en las relaciones y las necesidades de nuestros hermanos y hermanas menos afortunados en Cristo.

Nuestros valores de amabilidad, dulzura, compasión, honestidad y perdón nos permitirán cultivar relaciones amorosas duraderas, que son la verdadera fuente de felicidad. También descubriremos que hay una gran alegría en ayudar a los demás. El rico insensato del Evangelio solo podía pensar en construir graneros más grandes. Nunca pensó en compartir. Nunca descubrió la alegría de dar. Esa misma noche murió y en la puerta del cielo se le negó la entrada porque no tenía ningún acto de bondad amorosa acreditado a su nombre en el libro de la vida.